

Benín. Hace unos meses no hubiese sabido si colocarlo bajo el monzón asiático, o quizá perdido entre alguna desierta isla pacífica, o incluso, plantado en medio de la selva africana. Hoy, creo que forma parte no sólo de mi vida, sino de todos los que hemos tenido la oportunidad de sentirlo de cerca. Y digo sentir, porque tal vez otro verbo se quedaría lejos de reflejar el Benín vibrante que nos ha dejado una experiencia intensa, de todo menos pasiva. La verdad es que cuando me preguntan qué tal en África no sé bien qué responder. Cogí un vuelo a un país desconocido y, ahora que estoy de vuelta, me da la impresión de que sólo he mojado los labios. Pero, madre mía, ha sido un sorbito lleno de colores, sonrisas, asombro, nuevos amigos, emociones, olores, descubrimientos, tristezas y alegrías, preguntas... Ni siquiera puedo seguir un mismo campo semántico en mi enumeración. En fin, después de dejar claro el esfuerzo que supone contarlo con coherencia, voy a hacer un intento; porque al fin y al cabo, si hemos tenido la suerte de vivirlo, tenemos la responsabilidad de compartirlo.

Antes de cualquier viaje, siempre me imagino cómo creo que va a ser todo: una escena en la que sitúo a las personas, el ambiente, el lugar físicamente. Incluso a veces, como buena directora cinematográfica, me leo en Google información detallada sobre lo que alguien, con idea o sin ella, ha escrito sobre el país y sus puntos a destacar. Y una vez más, la experiencia demuestra que prejuzgamos más que reconocemos nuestro desconocimiento. Sinceramente, pensé que viajar a Benín me iba a ayudar a asentar y a concretar algunas ideas que ya tenía, y qué sorpresa la mía cuando volví mucho más confundida de lo que me fui. Yo había imaginado Benín como un país pobre, con durezas difíciles de encajar o injusticias latentes; había escenificado caminos de tierra roja y selva frondosa. La verdad es que por lo de los caminos de tierra roja y la selva podrían darme una buena palmadita en la espalda, porque lo clavé. De hecho, debería reconocerse como un mérito, salvo porque me olvidé de los ríos y lagos, de las puestas de sol más increíblemente impresionantes que he visto en mi vida, las playas kilométricas de agua turquesa y alguna que otra maravilla. En cuanto a lo primero, es cierto que Benín sufre de problemas, y que quizá bajo nuestra mirada sean de una gran escala, teniendo en cuenta todas las superficialidades a las que estamos acostumbrados. Pero allí te das cuenta de que el verdadero problema es, en efecto, nuestra mirada. Ellos tienen esa esencialidad que les permite clasificar como problema tan sólo lo que es verdaderamente un problema. Y a veces tan siquiera eso. Es increíble como una realidad puede pasar a ser otra completamente distinta según el ángulo desde dónde la mires. Todavía recuerdo, cuando salimos por la puerta del centro de las agustinas de Ouidah la primera semana, que a pesar de la tristeza por dejar a los niños y discapacitados que tanto cariño habían logrado sonsacarnos, sentí una energía inexplicable. Más tarde supe que esa fuerza era una de las consecuencias directas de la alegría de esas personas que, sin vivir más que con lo básico, eran capaces de verle la luz a todo. Así, en una visita al hospital San Jean de Dieu, en Natitingou, que aún siendo el mejor hospital de Benín, andaba un poco falto del concepto esterilización y de alguna que otra habitación para sus pacientes, no se

palpaba pesadumbre o sufrimiento, sino esa paradójica energía. Y, desprevenidamente, te olvidabas del calor o los mosquitos.

Todo eso me hizo dudar, pues si consideramos que el nivel de vida no se mide tanto en comodidades materiales como en felicidad, ¿qué tienen que envidiarnos a los países asfaltados y repletos de rascacielos? La respuesta no es fácil, pero sí que hay determinadas cosas que podrían remediarse. Lo importante es que se remedien bien, de raíz, aunque deba ser poco a poco. Quizá lo que les falte a los alegres y enérgicos benineses, es confianza. Creer y saber que son capaces de conducirse por sí mismos, y no dejarse depender de otros. De camino al norte, una de las cosas que más me chocó fue ver que en medio de las casas de chapa y cemento, se había construido un moderno hospital estampado de letras chinas que hasta estaba rodeado de setos perfectamente recortados, o que en mitad de la selva se alzaba un enorme poste eléctrico que contrastaba con las barquitas de madera de los pescadores al borde del río. Si preguntas allí, te dirán que es más barato y rápido y que es bueno para la población. Sin embargo, no te comentan que el terreno sobre el que se ha construido se lo queda un chino u otra empresa extranjera que, además, exige parte de los beneficios. Se crea un círculo de dependencia que al final hace que un beninés se crea incapaz de montar una empresa que lleve a cabo proyectos de esa envergadura, y casi todas las infraestructuras y grandes proyectos se acaban diseñando por otros. Y eso lo propician en gran medida los que, por su cargo, tienen el poder de negociar con los que vienen a instalarse. Hablando con una madre de un alumno del colegio de Nikki, donde estuvimos dando clases dos semanas, me dijo que uno de sus cinco hijos justo acababa de terminar la carrera de físico, y que se iba fuera porque no era capaz de encontrar un puesto de trabajo en el que pudiera aprovechar su cualificación allí. Le pregunté si no se le había ocurrido emprender, y me miró como si le hablase de una realidad ajena. Era la imagen del beninés que vive mucho más en el momento, es decir, no mira tanto a lo lejos como a lo que tiene justo delante por su tipo de preocupaciones que recaen sobre necesidades básicas. Esto le da la simplicidad y esencialidad de la que hablaba, pero a la vez, quizá le impida concebir la idea de inversión, del largo plazo. A veces, cuando miramos algo muy de cerca no logramos verlo. En cuanto nos alejamos un poco, nos sorprendemos de la visión tan restringida que nos estábamos imponiendo y que nos auto-limitaba. Tal vez esa falta de cultura emprendedora forme parte de una mentalidad, pero también tal vez pueda orientarse con un poco de consciencia y confianza.

Una de las cosas que más agradezco de la experiencia que el empeño de Belén y del padre Aurelio ha hecho posible, es el haber tenido la oportunidad de “ver”. En un autobús cargado de maletas y con algo menos de aforo del que respetábamos, hemos recorrido los caminos de tierra roja de un país que hemos empezado a conocer. Y compartiendo los asientos algo destartados de tela gris, hemos hecho nuevos amigos. Por lo general, cuando te planteas “ir a hacer voluntariado” estás pensando en

ayudar, entregar una parte de ti para aportar algo a alguien que no lo tiene. Sin embargo, sería hipócrita decir que vuelves con la sensación de haberlo hecho, porque cuando pisas de nuevo el suelo de tu casa, sientes haber salido ganando algo mucho mayor de lo que tú has dado.